

EL AMOR ASUSTA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el día 10 de enero de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EULALIA.....	SRTA. DOMUS.
FILOMENA.....	» ALBA.
CÉSAR.....	SR. CALLE.
EL MARQUÉS DE FUEN- LABRADA.....	» SEPÚLVEDA:
CHACHITO.....	» BARRAYCOA.
ARTURO.....	» RUBIO.

La acción en un hotel de una playa francesa. Derecha e izquierda del actor.

EL AMOR ASUSTA

ACTO ÚNICO

Habitación en un hotel en el mayor desorden. Baúles y objetos de viaje, vestidos y sombreros encima de todos los muebles.

ESCENA I

FILOMENA y ARTURO

ARTURO

¿Conque hoy es la marcha? ¿Hoy es la marcha?

FILOMENA

¿Decía usted...?

ARTURO

La marcha. ¿Hoy, por fin?

FILOMENA

¡Ah!, sí, hoy. Estaba distraída. Mejor dicho, estoy loca. ¿Usted ve todo esto? Es la cuarta parte del equipaje. Y somos dos mujeres solas, es decir, la señorita, porque yo...

ARTURO

Las señoras solas son las que necesitan más equipaje.

FILOMENA

Y ahora cada cuatro días este mismo trajín; porque ya no paramos más de cuatro días en ninguna parte.

ARTURO

¿Y ahora van ustedes...?

FILOMENA

Que yo recuerde, así por encima, de aquí a París, de París a Trouville, vuelta a París, de allí a Ostende, vuelta a París, de allí a Italia, vuelta a París, y de allí aquí otra vez...

ARTURO

Mucho que me alegro, mucho.

FILOMENA

Para principios de invierno. Mi señora dice que es cuando es el *chic*, porque hay menos gente y más selecta, porque ahora hay de todo.

ARTURO

Siempre hay de todo. Ahora, que en invierno hay menos de todo. Aquí dejo la notita. (*Dejando sobre el velador una bandeja pequeña con una factura.*) No corre prisa. Como la señora la pidió...

FILOMENA

Ahora se está vistiendo.

ARTURO

Ya digo que no corre prisa. Cuando a la señora no le cause el menor trastorno. ¿La señora ha quedado contenta del servicio?

FILOMENA

Cualquiera sabe cuándo está contenta la señora. (*Buscando por la escena y mirando en un librito de apuntaciones.*) Me falta uno...

ARTURO

El hotel no puede estar mejor frecuentado.

FILOMENA

¿Me hace usted el favor?

ARTURO

¡Ah! Usted perdone.

FILOMENA

Creí que estaba detrás de usted. Me falta uno...

ARTURO

¿Qué le falta a usted?

FILOMENA

Un salto de cama.

ARTURO

No veo por aquí nada que pueda parecerse a un salto de cama, o sea *peignoir* o *deshabillé*. ¿No era eso?

FILOMENA

Por el estilo... (*Consultando en el librito de apuntaciones.*) Gasa rosa picada con garnitura

32740

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1525 MONTERREY, MEXICO

de Irlanda sobre moaré viejo y zorro plateado. ¿Dónde estará? ¿Dónde estará?

ARTURO

A lo mejor busca uno algo que tiene delante y no lo encuentra; es que está uno obcecado. Entonces no hay nada mejor que pensar en otra cosa, y de pronto se acuerda uno: son fenómenos.

FILOMENA

¡Ay, sí! Ahora me acuerdo que está en el otro mundo.

ARTURO

¿Lo ve usted? Ya me parecía muy fuerte que en el hotel se hubiera perdido nada, y mucho menos una prenda de señora. Estoy seguro de que saldrán ustedes del hotel sin que les falte nada. En el personal hay verdadera selección. Yo estoy aquí por la señora ministra de Holanda, y así toda la dependencia.

FILOMENA

¿Me hace usted el favor? Me tapaba usted ese sombrero.

ARTURO

Mire usted, yo creí que era el sombrero el que me tapaba a mí. En ese baúl ya no le cabrá a usted nada más. (*Suena un timbre dentro dos o tres veces.*) Creeré que llaman.

FILOMENA

Sí, sí; créalo usted.

ARTURO

Debe ser en el 18. La señora ministra de Escandinavia, que ha perdido su perrito chino: se ha pasado la noche llorando. Ofrece quinientos francos al que le devuelva el perrito. ¡Vaya usted a saber dónde estará el perrito! ¡Yo apostaré que se lo han robado. Me atrevería a decir dónde está.

FILOMENA

Pues atrévase usted.

ARTURO

Es muy delicado, porque se trata de otra señora que tenía mucho capricho por el perro. Ya sabe usted, cuando una señora tiene un capricho... Seguramente lo ha robado el negro.

FILOMENA

¿Qué negro?

ARTURO

El criado de la otra señora. Yo he visto que el negro daba *marrons glacées* al perrito; pero como el perrito está harto de *marrons glacées*, no le hacía caso; pero vaya usted a saber de qué otros medios se habrá valido el negro, porque el perro mordía a todo el que se le acercaba: le ha enseñado la señora.

FILOMENA

¡Vaya una gracia!

ARTURO

La señora ministra es muy original. Duerme en el suelo sobre una piel de oso blanco, y sin almohadas. Así es que se ha divorciado dos veces. Ya no llama. Se conoce que se ha cansado.

FILOMENA

De seguro. Y descansará un ratito.

ARTURO

Voy en seguida. Pero ya sé para lo que llama; y como el perro no ha parecido todavía, cuanto más tiempo conserve la esperanza... Si yo cogiera al negro por mi cuenta, parecería en seguida; pero puede haber un disgusto. Ya tiene usted listo su equipaje. Se ve que tiene usted costumbre. ¡Habrán usted hecho tantas veces la misma operación! (*Filomena cierra el baúl que estaba haciendo, echando la llave.*) Es lo que tiene cuando se hace muchas veces lo mismo; se hace ya sin sentir. Voy a ver si es para lo que yo me figuro. Cuando la señora desee arreglar su notita, no tiene más que llamar. Cuando no le moleste lo más mínimo. No corre prisa. (*Vase por el foro.*)

ESCENA II

FILOMENA y EULALIA, que sale por la derecha con un cabás en la mano, y lo deja sobre el velador.

EULALIA

¿Quién hablaba contigo?

FILOMENA

El camarero, que ha traído la cuenta. Ahí está. (*Señalando al velador.*)

EULALIA

¡Y yo que no salía por creer que era alguien!

FILOMENA

Pues no, señorita; era el camarero.

EULALIA

¡Como hablaba tanto!... ¿Qué te decía?

FILOMENA

¡Qué sé yo! Si la señorita cree que yo atiendo a otra cosa cuando estoy haciendo el equipaje... Ya está todo.

EULALIA

¡Cuánto siento marcharme!

FILOMENA

¿Y por qué no se queda la señorita?

EULALIA

Ya lo sabes. Porque se han propuesto darme el verano. Se puede tolerar que la obsequien a una, que la galanteen, y tratándose de una mujer viuda como yo, hasta que pretendan casarse... con una; pero uno sólo o dos lo más, y uno a uno. ¿Pero has visto desgracia como la mía? Es que son todos, y todos a un tiempo. Y me acosan, me asedian, no me dejan libre un momento.

FILOMENA

Verdaderamente, la señorita ha sido la mujer de moda este año. ¡Pero no sé de qué se queja la señorita! Lo peor que le puede suceder a la señorita es volver a casarse.

EULALIA

Aunque yo lo pensara, no sé con quién. Casi todos son casados. Cuenta: el Conde...

FILOMENA

¡Qué simpático!

EULALIA

¡No me hables! ¡Un hombre casado! Y su mujer cree que yo tengo la culpa de que su marido me haga la corte, y ha levantado una cruzada contra mí, y como está emparentada con lo mejor, todo son desaires. Tú sabes de sobra si yo he dado pie nunca para que el Conde insista en su persecución. ¡Con lo que yo quiero a su mujer! ¡La pobre Jesusa! Ya sabes que tuve que dejar de bañarme en la playa, con lo bien que me probaban los baños de mar; pero era un espectáculo: el Conde, empeñado en que yo me ahogaba a cada paso, y en que él había de salvarme la vida; más que a mí, parecía pretender la cruz de Beneficencia. Dos o tres veces, quieras que no, me sacó en brazos, yo pataleando y él dando gritos: «¡Que se ahoga!, ¡que se ahoga! ¡Si no es por mí, se ahoga!» Y la gente, ¡figúrate! Ya sabes cómo le pusieron: el Terranova.

FILOMENA

Y otro mote que no puedo decirle a la señorita.

EULALIA

No quiero saberlo; alguna atrocidad. Ya me lo dirás otro día.

FILOMENA

¿Y el marqués de Fuenlabrada, señorita? Ése es viudo como la señorita, y es un buen partido.

EULALIA

¿Viudo? Con sus dos hermanas y sus cuatro sobrinas, que son seis fieras en cuanto se figuran que el Marqués puede casarse; ahora, que es jefe de partido y va en camino de ser presidente... Ellas, que se desviven por figurar al lado del hermano y tío... Además, el Marqués ya pasa de los cincuenta.

FILOMENA

¿Cree usted...? Pues mire la señorita, no los representa.

EULALIA

Ya te habrás fijado en que lleva bisoñé.

FILOMENA

No lo hubiera creído; como tiene alguna cana que otra...

EULALIA

El Marqués es hombre de talento, y sabe que

de ese modo es más verosímil. Cada temporada que se encarga uno le manda poner cuatro o cinco canas más.

FILOMENA

Pues el Marqués también es constante.

EULALIA

¡Un horror! Como que ha desatendido sus asuntos políticos. Hasta los periódicos hablan. ¿Has leído el *Gedeón* de esta semana?

FILOMENA

Ya sabe la señorita que yo de los periódicos no leo más que la «Vida de Sociedad» y los «Sucesos».

EULALIA

Yo leo menos; pero cuando traen algo que pueda molestarme me lo mandan las amigas señalado con lápiz. Y de los asiduos queda otro: el hijo segundo de la marquesa del Buen Consejo, *Chachito*.

FILOMENA

¿Y por qué le llaman *Chachito*?

EULALIA

¡Vaya usted a saber! La mitad de los nombres no tienen sentido común. Figúrate dónde iba yo con esa criatura, un bebé que debía estar en el colegio: lo peor es que su madre y su hermana, la marquesa de Santa Olalla, y toda la familia, creen que soy yo quien tiene la culpa, y sé que

van diciendo horrores de mí. En resumidas cuentas, que me han hecho el verano imposible, y que huyo de aquí para no volver hasta que todos estén ya en Madrid.

FILOMENA

¿Y cree usted que en Madrid no será lo mismo?

EULALIA

En Madrid hay más distracciones; se les pasará.

FILOMENA

Y serán otros. ¡La señorita es tan guapa...!

EULALIA

Hay muchas mujeres guapas, más guapas que yo, y las dejan tranquilas.

FILOMENA

No lo crea la señorita. Eso es porque se sabe algo de ellas, y, ¡claro!, los demás se retraen; decidase la señorita por uno, y ya verá la señorita.

EULALIA

¡Calla! ¡Calla! ¡Qué disparate! Yo no pienso ni quiero pensar en volver a casarme... Y otra cosa no se te habrá ocurrido; no has entrado ayer a mi servicio para no saber con quién tratas.

FILOMENA

Ya lo sé, señorita. Tan buena como usted no he conocido más que otra señorita, y he servido siempre en muy buenas casas; pero ya sabe la señorita que pueden las casas ser muy buenas, y

no ser tan buenas las señoras. Una cosa no quita la otra.

ESCENA III

DICHOS y ARTURO por el foro con una bandeja, y en ella dos ramos de flores, dos cartas, dos tarjetas y dos cajitas de bombones.

ARTURO

Con permiso de la señora. Todo esto me han entregado para la señora...

EULALIA

Ya ves, de ellos... Y cartas también. (*Abriendo y leyendo las cartas.*) Que ya saben mi fuga. ¡Mi fuga! Que será inútil, porque me seguirán al fin del mundo... Y serán capaces.

ARTURO

(*A Filomena.*) Ya pareció el perrito.

EULALIA

¿Decía usted...?

ARTURO

Perdone la señora; le decía a la doncella de la señora que ya pareció el perro de la señora ministra de Escandinavia.

EULALIA

¿Ese bicho tan horrible que lleva siempre?

ARTURO

Sí, señora. No había sido el negro, como yo sospechaba; el negro es inocente... Pero, en efecto, había sido robado. Ahora se teme que esté envenenado, porque el animalito no levanta cabeza. Han avisado a un médico especialista.

EULALIA

¿A un médico?

ARTURO

Sí, señora; no es equivocación. Ya sé que lo natural era avisar a un veterinario, y que es hasta ofensivo avisar a un médico para un animal; pero la señora ministra lo pagará bien, y no habrá ofensa.

FILOMENA

Dice que es una señora muy rara, que duerme en el suelo con un oso blanco.

EULALIA

¿Y lo tiene en el hotel? ¡Qué miedo!

ARTURO

Aquí, la doncella de la señora se confunde. Es la piel nada más, señora. Duerme en el suelo sobre una piel de oso blanco con su cabeza, con su boca abierta, con sus colmillos y sus cuatro patas con sus uñas...

FILOMENA

¡Yo me moría!

ARTURO

Sin almohadas y con el balcón abierto: las señoras de los vecinos de enfrente ya se han quejado; pero como se trata de una ministra extranjera... Cuando una persona comete esas extravagancias, hay motivo para creer que esa persona está perturbada.

EULALIA

Trajo usted la notita, ¿verdad?

ARTURO

Sí, señora. *(Cogiendo la factura de encima del velador y entregándosela a Eulalia.)* Aquí tiene la señora. No corre prisa; cuando a la señora no le cause el menor asomo de trastorno.

EULALIA

Ahora mismo. Espere usted. *(Mirando la cuenta.)* Son... *(Sacando billetes del cabás y dándoselos a Arturo.)* Tome usted. Para usted lo que sobra. *(Guarda el cabás en el armario de luna.)*

ARTURO

Muchísimas gracias. ¿La señora tiene que hacer alguna advertencia?

EULALIA

No. ¿Para qué?

ARTURO

Se habrá fijado la señora en que el te y los helados del día 25 no figuran en los extraordinarios.

EULALIA

No me había fijado.

ARTURO

La señora del hotel dió orden de que ese día no se cobrase ningún extraordinario.

EULALIA

¿Celebraba alguna fiesta?

ARTURO

No, señora; era el primer aniversario de su marido, y quiso hacer alguna demostración de sentimiento. ¿La señora queda complacida de mis servicios?

EULALIA

Complacidísima.

ARTURO

Ya sé que muy pronto tendré el gusto de volver a ofrecérselos a la señora.

EULALIA

Sí, muy pronto.

ARTURO

¿Manda otra cosa la señora?

EULALIA

Nada, nada.

ARTURO

A la orden de la señora; muy agradecido a la señora. *(Vase por el foro.)*

EULALIA

No se te olviden los números de estas habitaciones.

FILOMENA

No, señora.

EULALIA

Para pedir otras a la vuelta, porque este camarero habla demasiado, y demasiado bien.

FILOMENA

Debe ser persona fina. (*Llaman a la puerta del foro.*)

EULALIA

Adelante. (*Sale Arturo por el foro con una tarjeta en una bandeja.*) ¿Qué pasa?

ARTURO

(*Entregándole la tarjeta.*) Este caballero pregunta si la señora puede recibirle ahora; que si no esperará, porque de ningún modo quiere dejar de despedirse de la señora.

EULALIA

¿Que esperará? No hay escape. Dígale usted que pase. (*Vase Arturo por el foro.*) Mira: dentro de tres o cuatro minutos..., de cinco minutos, pongamos cinco, entras a llamarme para cualquier cosa..., cualquier cosa que se te ocurra. Un pretexto para despedirle pronto.

FILOMENA

Ya pensaré algo; descuide la señora. (*Vase por la izquierda*)

ESCENA IV

EULALIA y CÉSAR por el foro.

EULALIA

¡Cuánto tiempo sin vernos!... Dos horas lo menos.

CÉSAR

¡Ingrata! ¡Ingrata! ¡Ingrata! ¿Conque se disponía usted a marcharse así, por sorpresa? Anoche me dejaba usted formar planes, acariciar esperanzas...

EULALIA

Porque acariciara usted algo.

CÉSAR

Y ya tenía usted preparada su fuga.

EULALIA

Poco a poco: no es fuga, es mi viaje, el que pensé siempre, anticipado, porque ustedes me han hecho la vida imposible.

CÉSAR

¡Ustedes! ¡Ustedes! ¿Y tiene usted el valor de decirlo? ¿Usted sabe qué nombre tiene lo que ha hecho usted conmigo?

EULALIA

El que usted quiera; pero lo que han hecho ustedes sólo tiene uno muy expresivo.

CÉSAR

¡Ustedes! ¡Ustedes! ¡Siempre ustedes! ¿De modo que yo soy para usted uno de tantos?

EULALIA

El primero de todos, el que me ha puesto más en evidencia. ¿Usted cree que un hombre casado puede hacer las tonterías que usted ha hecho, sin comprometer a una mujer horriblemente?

CÉSAR

¿Y qué culpa tengo yo de ser casado?

EULALIA

La tendré yo, si a usted le parece. Su mujer de usted apenas me saluda.

CÉSAR

Es que no la ve a usted; es muy corta de vista.

EULALIA

Lo que le pasa es que no puede verme. Su suegra de usted, no digamos; ésa me vuelve la espalda sin rodeos.

CÉSAR

¡Qué suerte tiene usted!

EULALIA

Y todas sus relaciones han tomado partido por ella; todo por usted. ¿Qué necesidad tenía yo de indisponerme con media sociedad de Madrid? Convéznase usted: si eso es amor, es un amor

que no me hace maldita la gracia. ¡Vaya un veranito que me han dado ustedes, vaya un veranito!

CÉSAR

¿Pero usted cree que se puede jugar con un hombre como usted ha jugado conmigo?

EULALIA

Yo no he jugado con usted más que a los caballitos, y ganaba usted siempre.

CÉSAR

Es natural: afortunado en el juego... Yo hubiera preferido perder, arruinarme...

EULALIA

Cuando juegue usted solo; a mí crea usted que me ha gustado mucho ganar.

CÉSAR

No desvíe usted la conversación. Hablábamos de nosotros, de la perversa coquetería de usted.

EULALIA

¡Ah!, ¿yo coqueta? Es lo único que me quedaba que oír. ¿Con quién he coqueteado yo? ¿Con usted?

CÉSAR

Con todo el mundo, y horriblemente; con ensañamiento, con alevosía, con la seguridad que da el no tener corazón.

EULALIA

¡Ya! Para que ustedes digan que una mujer tie-

ne corazón, es preciso que se enamore del primero que la pretenda: estamos divertidas.

CÉSAR

Es preciso que no se complazca en atormentar al que tiene la desgracia de enamorarse de ella. Amiga mía, es usted maestra en el *flirt*; es claro, juega usted con fuego porque está usted segura de no quemarse: es usted de amianto; nunca he encontrado mérito en el valor de Aquiles, que se sabía invulnerable.

EULALIA

Usted perdone; tenía vulnerable el talón.

CÉSAR

¡Cualquiera sabe dónde tiene usted el talón!

EULALIA

Deje usted las imágenes. A propósito de imágenes: sus aficiones poéticas de usted también han ayudado a comprometerme.

CÉSAR

¿Se refiere usted a los últimos versos que he publicado?

EULALIA

Pero, hombre, a una persona distinguida y de posición como usted, ¿quién le manda publicar versos?

CÉSAR

¿También le molesta que yo sea artista? Esos versos son el único desahogo de mi corazón.

EULALIA

Pues eso es lo que me parece mal, el desahogo. ¿Usted cree que puede escribir esos versos un hombre casado como usted?

CÉSAR

En poesía no cuenta el matrimonio.

EULALIA

Pero en el mundo sí; y todo el mundo ha visto muy claro en esos versos. Y luego la dedicatoria. A E. S. Si hubiera usted puesto el nombre... A E. S. A Eulalia Sobrado.

CÉSAR

No sé por qué.

EULALIA

¡Claro!, no creará la gente que a E. S. es que iba usted persiguiendo a un ratero. (*Sale Filomena por la izquierda.*)

FILOMENA

Señorita, señorita...

EULALIA

¿Qué ocurre?

FILOMENA

¿Puede usted venir un momento?

EULALIA

Voy, voy.... Con su permiso. Ya oye usted. (*Vase Filomena por la izquierda.*)

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA DE MONTERREY
"ALFONSO MATEOS"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CÉSAR

Sí; el Marqués, que estará en esa otra habitación, o *Chachito*.

EULALIA

¿Está usted loco? Si estuviera, estaría aquí. ¿Piensa usted que yo escondo a la gente en los armarios?

CÉSAR

En el modo de dar la muchacha el recado comprendí que había misterio.

EULALIA

La muchacha es una simple. No debía de darle a usted satisfacción de ningún género; pero por una vez... ¡Filomena!... ¡Filomena!

FILOMENA

(*Saliendo por la izquierda.*) Señorita...

EULALIA

Vamos a ver: ¿para qué me llamabas? ¿Quién está ahí? ¡La verdad, la verdad!

FILOMENA

¿La verdad?

EULALIA

Sí, sí.

FILOMENA

El señor marqués de Fuenlabrada.

CÉSAR

¿Eh? ¿Y ahora?

EULALIA

(*Bajo a Filomena.*) ¡Imbécil! ¿No se te ha ocurrido otra cosa?

FILOMENA

Si es la verdad, señorita; si es que está ahí. Supo que estaba aquí el señor Conde, y se entró en esa habitación.

CÉSAR

¿Qué dice usted? ¡Si no había nadie! ¡Si usted no oculta nada!

EULALIA

El Marqués es por lo menos tan majadero como usted. Dile que venga aquí en seguida, dile que no sea ridículo.

FILOMENA

¡Señorita!

EULALIA

¿Qué?

FILOMENA

Que yo no me atrevo a decirle que no sea ridículo.

EULALIA

Eso lo digo yo; tú dile que pase. (*Vase Filomena por la izquierda.*)